

“Quería entenderlos, pero no tenía ninguna experiencia de la liturgia”

PrimerosCristianos.com

Estudiando los escritos de los primeros cristianos había encontrado incontables referencias a “la liturgia” y “la Eucaristía”

Incluimos un fragmento del libro [La cena del Cordero, La Misa, el cielo en la tierra](#), de **Scott Hahn**, en el que el rasgo sobresaliente del libro es su conmovedora y lúcida visión de la realidad de la liturgia de la Eucaristía, el acto de culto que nos dio nuestro Sumo Sacerdote la víspera de su muerte.

* * *

Allí estaba yo, de incógnito: un ministro protestante de paisano, deslizándome al fondo de una capilla católica de Milwaukee para presenciar mi primera Misa. Me había llevado hasta allí la curiosidad, y todavía no estaba seguro de que fuera una curiosidad sana. Estudiando los escritos de los primeros cristianos había encontrado incontables referencias a ‘la liturgia’, ‘la Eucaristía’, ‘el sacrificio’. Para aquellos primeros cristianos, la Biblia, el libro que yo amaba por encima de todo, era incomprensible si se la separaba del acontecimiento que los católicos de hoy llamaban ‘la Misa’.

Quería entender a los primeros cristianos; pero no tenía ninguna experiencia de la liturgia. Así que me convencí para ir y ver, como si se tratara de un ejercicio académico, pero prometiéndome continuamente que ni me arrodillaría, ni tomaría parte en ninguna idolatría.

Me senté en la penumbra, en un banco de la parte de más atrás de aquella cripta. Delante de mí había un buen número de fieles, hombres y mujeres de todas las edades. Me impresionaron sus genuflexiones y su aparente concentración en la oración. Entonces sonó una campana y todos se pusieron de pie mientras el sacerdote aparecía por una puerta junto al altar.

Inseguro de mí mismo, me quedé sentado. Como evangélico calvinista, se me había preparado durante años para creer que la Misa era el mayor sacrilegio que un hombre podría cometer. La Misa, me habían enseñado, era un ritual que pretendía “volver a sacrificar a Jesucristo”. Así que permanecería como mero observador. Me quedaría sentado, con mi Biblia abierta junto a mí.

Sin embargo, a medida que avanzaba la Misa, algo me golpeaba. La Biblia ya no estaba junto a mí. Estaba delante de mí: ¡en las palabras de la Misa! Una línea era de **Isaías**, otra de los *Salmos*, otra de **Pablo**. La experiencia fue sobrecogedora. Quería interrumpir a cada momento y gritar: «Eh, ¿puedo explicar en qué sitio de la Escritura sale eso? ¡Esto es fantástico!» Aún mantenía mi posición de observador. Permanecía al margen hasta que oí al sacerdote pronunciar las palabras de la consagración: «*Esto es mi Cuerpo... éste es el cáliz de mi Sangre*».

Sentí entonces que toda mi duda se esfumaba. Mientras veía al sacerdote alzar la blanca hostia, sentí que surgía de mi corazón una plegaria como un susurro: «¡Señor mío y Dios mío. Realmente eres tú!».

Desde ese momento, era lo que se podría llamar un caso perdido. No podía imaginar mayor emoción que la que habían obrado en mí esas palabras. La experiencia se intensificó un momento después, cuando oí a la comunidad recitar: «*Cordero de Dios... Cordero de Dios... Cordero de Dios...*», y al sacerdote responder: «*Éste es el Cordero de Dios...*», mientras levantaba la hostia.

‘Lo que encontré en mi primera Misa, gracias a los primeros cristianos’

Publicado: Viernes, 16 Noviembre 2012 08:21

Escrito por Scott Hahn

En menos de un minuto, la frase “*Cordero de Dios*” había sonado cuatro veces. Con muchos años de estudio de la Biblia, sabía inmediatamente dónde me encontraba. Estaba en el libro del *Apocalipsis*, donde a Jesús se le llama *Cordero* no menos de veintiocho veces en veintidós capítulos. Estaba en la fiesta de bodas que describe **San Juan** al final del último libro de la Biblia. Estaba ante el trono celestial, donde Jesús es aclamado eternamente como Cordero. No estaba preparado para esto, sin embargo...: ¡estaba en Misa!

Scott Hahn